



CONSERJES SINTETICOS

Que la Humanidad siempre avanzando no sabe a dó camina es un hecho cierto e irreversible. Sin ir más lejos, una firma japonesa pretende introducir en el mercado nacional una partida de conserjes sintéticos electrónicos.

Es justo reconocer que estos androides son más perfectos que el original, pues aunque parezca imposible trabajan menos aún que el de carne y hueso. A gusto del jefe de negociado que lo maneje tiene dos alternativas de funcionamiento, el impasible, que permanece en posición de lectura de As desde las nueve de la mañana hasta las tres de la tarde, se le pregunte o se le requiera para lo que sea, y el irascible, que en cuanto sus esquemas electrónicos captan a un desdichado que se dirige a él monta en cólera insultando, gritando y arrojando al exterior al intruso.

En el catálogo se hace constar otra serie de mejoras, como es el agua tan fresquísima que se con-

sigue en el botijo al que da sombra; la multitud de chismes y cotilleos que es capaz de transmitir merced a sus treinta y ocho canales de magnetofonía; las sublimes reverencias a los mandamases y los pietóricos besamanos a las augustas esposas de éstos. Tiene la ventaja de no acumular trienlos en su nómina, ya que no la posee, y el gasto a pilas es reducido.

Sin embargo confiamos en que estos artilugios sean declarados fuera de la ley. ¿Qué sería entonces de los millones de conserjes que cohabitan las oficinas de las Españas, en perfecta simbiosis con la burocracia? Los conserjes hispanos tienen sus defectillos, lo comprendemos, en ocasiones son amables con quien presumen es un pez gordo o militar; empujan el codo a escondidas y no se apartan la colilla de la boca, pero saben llevar muy dignamente sus galones y no se les debe quitar de su cargo. ¿Adónde irían entonces, tras cuarenta años metidos en un pasillo sin hacer nada?

■ CALVINO DE RIOJA.

